

COLOMBIA: CUATRO PUNTOS CARDINALES Y UN CORAZÓN

Por: Henry Córdoba

“Los cuatro puntos cardinales
Son tres:
El Norte y el Sur”.
(Vicente Huidobro)

I

La mañana del 12 de abril de 2014, me encontré trabajando en el corazón de una de las avenidas de la Capital. Era el primer trabajo que obtenía como estudiante en una tarea afín a mi profesión y mi expectativa era hacerlo lo mejor posible. Lo que tenía a la vista no era difícil ni complejo: realizar observaciones por cinco localidades de Bogotá, para verificar el estado actual del patrimonio material de la ciudad. Para ello, caminaba tres o cuatro horas diariamente, cargando consigo una pequeña cámara fotográfica, una libreta de apuntes y algunas comidas, bebidas y dulces para los recorridos.

En el primer día, encontré las estatuas de Cristóbal Colón e Isabel La Católica, a escasos metros de la entrada a Fontibón, corroída por el excremento de las palomas. Trasladadas en un lapso robado a la memoria, desde la Estación de La Sabana hasta el lugar que ocupan actualmente, hoy no nos habla del legado de una historia, sino de un presente de abandono y destrucción. Las caras manchadas, el suelo averiado, las baldosas rotas, son parte de las imágenes de los últimos días de nuestra guerra civil.

En la tercera jornada me hizo falta poco para completar la lista de los monumentos del Parque Nacional. Primero, pasé por el llamado túnel del amor –solo y sin pareja-, reconocí el Reloj Suizo, paradójicamente sin funcionar, por años lugar de encuentro de cuanta cosa ocurre en la ciudad; la estatua de Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas para Occidente; el mapa de Colombia, sin pintura pero parecido un poco al real, deslucido, con los glaciares en deshielo, los llanos amenazados por la erosión, y las montañas distantes y en silencio. También pisé a manera de rayuela cada uno de los departamentos con sus respectivas capitales, hasta quedar en frente de las fuentes, homenaje a Rafael Uribe Uribe, como también aquel joven que osó escribir su nombre en grafía contemporánea y con colores de neón.

Al cuarto día me perdí en el Parque Simón Bolívar, primero, al pasar por la cabeza del prócer para salir al templete eucarístico, y luego, cuando me dio por seguir la pista, 3,2 kilómetros, los pies sobre la grava y la arena, perdido esta vez, entre el lago, los columpios y la vista Bogotá, con sus cerros, la rueda de la fortuna y un dramático atardecer.

Al quinto, ya había atravesado la 26 y descubierto que era un museo al aire libre, en el que una de las estatuas se llama “El Viajero” y otra “Saludo al Sol”. Ambas ubicadas un centenara de metros más hacia adelante, de lo que es, y esperamos así quede, Monumento de los Caídos.

Al final de la semana, lo que para entonces no tenía una presencia definida en mi vida, cobró sentido y la historia me empezó a hablar. Así fue como a la altura de la Calle 100 con 7ª, pude reconocer la obra de Feliza Bursztyn, exiliada y fallecida por la presión de la violencia a comienzos de los ochenta, pero con su obra expuesta, a la espera de un visitante ocasional, como el Homenaje a Gandhi y mensaje a la paz. Como cosa curiosa, pasé por lo que era un tributo a Luis Carlos Galán unas calles más al sur, cercano al Museo del Chicó. Para observarla, había que levantar el pie y pasar una verja. Me fijé en sus detalles, le tomé unas fotos y la apunté en el registro. Mientras hacía eso, cayeron mis cosas y tuve que recogerlas del césped. En el suelo había una banderita blanca de pequeña asta, que seguro había volado por el aire, desde un carro, una mano o una ventana, para llegar hasta ahí. La tomé en mis manos, la limpié un poco y le tomé una foto para mis recuerdos: LA PAZ YA VIENE.

Era 16 de Abril de 2014.

II

Seis meses después, sentados mientras todo pasa, mi abuelo me regaló una sonrisa y antes de partir a perseguir la tarde, me dio el mejor de los consejos: “La mejor forma de aprender es a través de los propios errores”. Desde entonces, he unido mi destino al de mi país, para aprender por la misma senda. Se trata del camino que lleva a una sociedad a resolver sus conflictos, para aprender a convivir y construir cosas en beneficio común.

En el presente escrito quisiera sacar a la luz algunos de los puntos de vista reunidos de manera microscópica. Por lo general, nos preocupamos por lo que nos pueden decir los gobernantes, los medios de comunicación, los especialistas, pero rara vez, se presta atención a lo que piensa el ciudadano de a pie, las abuelitas o los niños, sobre lo qué sucede, cómo sienten, cómo sobreviven durante el día y cómo sueñan todas las noches en sus camas y hamacas. Aunque he salido pocas veces de casa, cuando salgo y opto por el silencio para poder escuchar ampliamente, he encontrado en muchas personas, no solo palabras amables sino también una punto de vista o filosofía frente a la vida que me ha sorprendido, pero del

que también he aprendido. Lo he descubierto en los campesinos, en los mineros artesanales, en adolescentes que trabajan como cargueros en los municipios, en ancianos, en jóvenes de mi edad que no han podido estudiar. Más que mis propias palabras, quisiera reunir las de ellos. Claro está, desde el único punto de vista que me parece sensato: la experiencia personal.

III

En varios lugares se ha establecido una diferencia entre el mapa y el territorio. Aunque se parecen entre sí, no son conceptos iguales. En el papel es de utilidad tener un mapa a la mano. Este mapa –ya sea en físico o en digital- revela la reconstrucción de un espacio. Dicho mapa puede ser Colombia en sí misma. Pero no es igual al territorio. En él, por más que el mapa haya usado buenas bases para ser levantado, no da cuenta de muchas cosas. Se requiere de un grado de abstracción para reducir a un nombre y a unas coordenadas en el espacio, lo que a primera vista devela las actividades de las personas, los olores de la tierra y sus productos, el tacto con los pies sobre un terreno árido, arenoso, arcilloso. Todo esto pasa desapercibido, así se haya realizado un reconocimiento desde arriba. El uso de pesticidas lanzados desde el aire, por años una práctica ejercida para la erradicación de las drogas, desconoció el químico perforando las hojas y destrozando cultivos, que no precisamente eran de coca; omitieron la piel irritada y los pulmones obstruidos de los niños. Desde el aire, las aspersiones se llevaban con el mapa pero nunca el territorio. ¿Por qué? Porque el territorio somos nosotros y su nombre es Colombia.

En consecuencia, la propuesta por un nuevo país debe pasar por los territorios. El mayor reto que debemos enfrentar como nación no es el resurgimiento de la violencia, de la que quedan algunos trazos en el aire. Lo más difícil para todos nosotros será proteger nuestros territorios de la destrucción por el afán económico. Vendrán por los mares y los ríos y lo que hay en sus aguas, vendrán por las montañas pensando que están hechas de oro; vendrán por los páramos y lagos; vendrán con semillas y químicos importados para destrozarse los campos; vendrán por la energía y vitalidad para trabajar en condiciones poco dignas. Por tanto, antes de cualquier celebración, no debemos dejar de estar atentos. A los jóvenes no solo les corresponde el futuro, la obligación es de todos nosotros y es por el presente.

Desde un punto de vista personal, la apuesta por el futuro en Colombia se relaciona con su espacio geográfico. La propuesta pretende recorrer los puntos cardinales del país y su corazón, como parte de la elaboración de una *cartografía emocional de Colombia*. No son los viajes hechos en carretera para el turismo o la comodidad de casa. Es caminar por las trochas

y recorrer los ríos, para reconocermé en los otros y aprender de ellos, que a fin de cuentas, es de las cosas más valiosas que me ha enseñado la vida. No es recuperar esos territorios, como si antes no hubieran sido nuestros. Es recuperar el sentido otorgado por las comunidades y conocerlo en profundidad, con el fin de darlo a conocer para el resto de habitantes del país.

En este caso, establecer puntos de referencia para (re)pensar el país, a través de la figura de los puntos cardinales es pertinente para descubrir la nación desde sus fronteras hacia adentro. Por años estos lugares bien podrían haber sido parte de la famosa Tierra del Olvido.

IV

En el Norte, en Punta Gallinas, Guajira, se encuentra el faro más septentrional de América del Sur. El lugar es un pequeño extremo de tierra, dentro de un conjunto de accidentes que forman una bahía. Es una torre poco vistosa, a pesar de su relativa altitud. Allí viven un centenar de personas pertenecientes a la etnia Wayuu. Al frente, el mar Caribe, nuestro Mediterráneo y a sus espaldas, más de dos mil kilómetros al sur, hasta el río Amazonas, uno de los Centros del Planeta, territorio que existe como un país llamado Colombia.

Si fuera por mí, me dirigiría a la punta del cabo, para anunciarle –así sea algo más poético que factible- la buena nueva de que el territorio que se extiende por más de dos mil kilómetros hacia el sur, hasta el río más grande y caudaloso del mundo, es un territorio en Paz.

En el Occidente, cerca de Tumaco, florecen unas casas con palafitos, en Puerto Milagros, en el cabo Manglares, desembocadura del río Mira en el Océano Pacífico, frontera con el Ecuador. La población de “Milagro Frontera”, con un centenar de habitantes dedicados a la pesca tradicional, ha soportado todo tipo de fluctuaciones, sean climáticas o sísmicas. En dicho lugar se halla otro faro, el *antiguo faro*, desde el que se contemplan las viviendas de madera, junto a sus habitantes de pies descalzos en la arena. Poco se sabe de este rincón de Colombia, las noticias son escasas y lo único que llega al interior, es el proyecto de un parque natural, ya que en los manglares anidan tortugas y habitan las pianguas.

En la Isla San Juan en el río Negro, queda el punto más oriental de Colombia. Frontera con Venezuela y Brasil. El río Guainía, como es llamado de este lado, es el más negro del mundo. Al otro lado está la Piedra del Cocuy, lugar mítico para las comunidades indígenas de la región y formada durante el Precámbrico, la era geológica más antigua de la tierra. En el

mismo departamento, Guainía, está el municipio con menos habitantes del país, según el último censo. Guadalupe, con trescientos pobladores que subsisten de las economías tradicionales.

El punto más al sur del país, es la ciudad de Leticia, en el departamento del Amazonas. Aislada de cualquier carretera que conduzca directamente al interior del país, la presencia del río *Solimões*, es suficiente para que este punto sea uno de los pulmones de la tierra. El río en forma de anaconda, ha sido el hogar de comunidades indígenas por más de ocho mil años. A comienzos del siglo pasado, la muerte se cernió sobre la región bajo la fiebre por la extracción del caucho. Hoy día ese pasado se ha borrado, para que tengamos la oportunidad de considerarlo un puerto, con el fin de llevar la *buena nueva* de la Paz, no sin antes almorzar pirarucú acompañado de cazabe y jugo de arazá o copo azul.

¿Y dónde el centro? Podría ser Bogotá. Pero se puede ir más allá. El Centro de Colombia queda en Puerto López, Meta. Se sabe, porque hay un obelisco que dispara los rayos del sol que caen sobre la estructura metálica. Pero también podría ser Colombia, un municipio del Huila, que no está tan lejos de ser el centro geográfico y de la capital, pero que nadie conoce y por el contrario la mayoría ignora. Un corazón simbólico de Colombia es la Sierra Nevada de Santa Marta, hogar de los cuatro hermanos mayores, expectantes y vigilantes, con modestia protegen los picos Simón Bolívar y Cristóbal Colón.

Los cuatro puntos cardinales pueden ser otros. Colombia ha sido y es un país de regiones, pero la Paz es un vínculo en común que hace el país. Esto significa *cultura, medio ambiente, respeto, solidaridad*, y ante todo, *vida en común*.

En muchos pueblos de Colombia, se tiene la costumbre de dejar la casa con las puertas abiertas, saliendo a la entrada a tomar la tarde, a interactuar con los vecinos. Es momento para que los colombianos y colombianas le abran el espacio al mundo para que vengan y conozcan. En muchos casos mi país es el secreto mejor guardado del mundo.

Bogotá, Junio de 2016.